

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA CLARIVIDENCIA

10 de junio de 1941

Lectura:

«...Jesús fue seguido por dos ciegos que gritaban: «Ten piedad de nosotros, ¡Hijo de David!» Cuando llegó a la casa, los ciegos se acercaron a él y Jesús les dijo: «¿Creen que puedo hacer eso? – Sí, Señor», respondieron. Entonces les tocó los ojos diciendo: «Que sea hecho según su fe.» Y sus ojos se abrieron. Jesús les hizo esta recomendación: «Tengan cuidado de que nadie lo sepa.» (Mateo IX, v. 27 - 30)

«...Y aquí está que dos ciegos, sentados en el borde del camino, escucharon que Jesús pasaba y gritaron: «Ten piedad de nosotros, Señor, ¡hijo de David!» La multitud les reprendía para hacerlos callar, pero ellos gritaban más fuerte: «Ten piedad de nosotros, hijo de David.» Jesús se detuvo, los llamó y dijo: «¿Qué quieren que haga?» Ellos dijeron: «Señor, que nuestros ojos se abran.» Conmovido de compasión, Jesús tocó sus ojos, y enseguida recobraron la vista y le siguieron.» (Mateo XX, v. 30 - 34)

* * *

¿Quiénes eran esos dos ciegos que gritaban sin cesar al Cristo para pedirle que les abriera los ojos? Son nuestro corazón y nuestro intelecto que gritan en nosotros a la intuición, para ver. El corazón y el intelecto son dos ciegos. El Cristo habló del ojo que se encuentra en el corazón del hombre. En las pinturas antiguas a menudo encontramos en el corazón un ojo que observa. Es un símbolo muy antiguo. La verdadera clarividencia, los verdaderos ojos están en el corazón. Nos volvemos clarividentes cuando comenzamos a amar. ¿Y el intelecto? También ve, pero no tan bien como el corazón. ¡Qué no ven ustedes en una persona que empiezan a amar! El amor abre los ojos hacia realidades normalmente invisibles. Sí, el amor abre

los ojos.

Cuando un hombre comienza a amar a una mujer, la ve parecida a una diosa. Los otros lo encuentran estúpido, no ven lo que él ve, puesto que no miran allí en dónde él la mira, es decir en su ser interno. La primera cosa que hace el amor es desplazar a las personas de un plano a otro. Desde su nuevo punto de vista, ven a los seres tal como son en el mundo espiritual. ¿Acaso piensan ustedes que su amigo exagera la belleza de alguien? No lo acusen de error o de ignorancia. En apariencia se equivoca, sí, pero en realidad ve en la persona amada lo que era en el pasado o lo que será en los siglos venideros, o bien la ve tal como Dios la creó. Cuando el corazón se abre, nos volvemos clarividentes, verdaderamente clarividentes.

Otro ejemplo. A ustedes no les agrada alguien que todos los demás aprecian y declaran bello, sabio, virtuoso. Para ustedes es feo, estúpido e ignorante. ¿Por qué? Porque no lo aman. Su sentimiento negativo les induce a error. Les parece que una voz interior les ordena despreciar a esta persona, a este hermano quizás. Si lo amaran, sus ojos se abrirían y ustedes verían que es un hijo de Dios. Todos ustedes son hijos e hijas de Dios. Si les aman, incluso las abuelas ancianas serán hijas de Dios a sus ojos.

Yo podría multiplicar los ejemplos. No han comprendido todavía la importancia del amor; él abre los ojos, es poderoso. Si quieren llegar a ser clarividentes, comiencen por amar. Es necesario que asocien sin cesar la acción de su intelecto con la de su corazón. El corazón grita: «Ten piedad de nosotros, Señor, hijo de David.» Un día, viene la luz cósmica y pregunta: «¿Qué quieren que haga? – Que se abran nuestros ojos.» Y sus ojos se abrirán. El intelecto tiene ojos también, pero ellos ven el lado exterior de las cosas y de los seres. Los ojos del corazón ven el lado interior. Si le dan una preponderancia al intelecto solo ven lo exterior. Es solo una parte de nuestra filosofía, porque contiene el 50% de la verdad. Solo permite ver las formas, las dimensiones, los colores, todo lo que pueden aprehender la lógica y el análisis, nada más. Vista desde el exterior una esfera parece convexa. Si entran en ella, la ven cóncava, y tratan al otro de ignorante. Sin embargo, él tiene razón, para él la superficie de la esfera es convexa. El intelecto es el lado de la filosofía y de la ciencia, pero ciencia y filosofía no nos dan enseñanzas totalmente ciertas, puesto que solo ven la mitad exterior de la vida. La otra parte, todo lo que atañe al corazón, por lo tanto, la religión, la poesía, el arte, la música, también tienen razón solo al 50%.

La verdad no se encuentra ni de un lado ni del otro. Ella se las aporta

un anciano que se acerca a ustedes y les dice: «Mis queridos hijos, no se peleen. Todos ustedes tienen razón. Todo depende del punto de vista en el que se sitúen para observar las cosas. La verdad se encuentra en los dos lados vistos simultáneamente.» Aquellos que solo juzgan según el intelecto juzgan mal, aquellos que juzgan según su emoción, su sentimiento, no juzgan mejor. Ni los unos ni los otros pueden jactarse de conocer la verdad. Y es por ello por lo que los dos ciegos no cesan de gritar. Jamás pensamos que el corazón sea capaz de ver. En realidad, es él quien posee las mejores posibilidades de conocer el mundo interior. La fuerza que anima la forma es el corazón quien la comprende. Las fuerzas, la dulzura, todo lo que impregna la vida de los seres, es el corazón quien lo comprende. El intelecto declara que una naranja tiene tal color, tal forma, tal peso, agrega incluso que contiene tales elementos. El corazón saborea el fruto. Para el lado científico el intelecto es el mejor instrumento, pero no mejora la vida. No les hace saborear las cosas, comerlas, asimilar lo que ofrecen, así que les deja sin fuerza. Ustedes se mantienen sedientos, hambrientos, mientras el corazón no se ponga en marcha según las reglas del amor.

Cuando pongamos a trabajar juntos y de común acuerdo al corazón y al intelecto, habrá grandes cambios. Utilizados por separado, vivificados o no, no saben a dónde ir, cómo marchar, avanzar y actuar. La vida, la dulzura, la intensidad se sienten, no se ven por el intelecto. De la alegría, de la bondad, de la paz, el intelecto solo distingue las formas y los colores que les están unidos. Es bueno ver en el espacio un pensamiento con tintes espléndidos, pero aún es necesario absorberlo, dejarlo entrar en su corazón y asimilarlo. Solo entonces este pensamiento vivirá realmente.

Por la mañana, cuando contemplamos el sol que sube por el horizonte, los botones que se hinchan y el follaje que nace, recogemos y acogemos unas impresiones que nos hacen vibrar, nos vivifican y nos refuerzan. Pero nuestro trabajo comporta un segundo aspecto: absorbemos pequeñas esferas que flotan en la atmósfera y que son los pensamientos venidos del sol. En la vida, jamás hay que separar el intelecto del corazón. Los Iniciados trabajan así. En cuanto a los eruditos, si nos escuchan, van a decir: «¿Cómo pueden creer que el corazón tenga ojos?». Estos ojos que son antenas captan todo lo que es sutil, sin forma, ligero, inmaterial, todo lo que se dice que es invisible. ¿Tiene el agua una forma por sí misma? No, toma la forma de los recipientes en los que se coloca. Los sentimientos y las emociones tampoco tienen forma, toman la forma de los pensamientos en los cuales se les envuelve. En su estado libre, son similares al agua que fluye. Encerrados en un pensamiento, se adaptan a su forma. Unan el

sentimiento y el pensamiento, ahí tienen una cosa viva.

Una forma sin fuerza interior no es nada, no puede nada, es una cosa muerta. Por su parte, para actuar, la fuerza debe tener una forma, límites, un continente. Para manifestarse, la energía dispersa en el universo tiene necesidad de una forma. El hombre se esfuerza constantemente en encerrar la energía para que se vuelva calor, luz, electricidad, movimiento. Sin eso ella no es nada, no puede nada. La energía cósmica solo tiene determinación cuando encuentra una forma. El agua, así como el aire, no tiene color; se colorea de rojo, verde, azul, negro, según el lugar que atraviesa. El agua es el símbolo de la energía universal, el símbolo de todas las energías. Así pues, es necesario estudiar su comportamiento, sus transformaciones, sus perfumes, su acidez, según las condiciones que atraviesa; estudiar cómo se vuelve sólida, líquida o gaseosa. Observaremos también que el agua expuesta a la luz de la luna tiene otras propiedades que las que tiene al ser expuesta al sol. Comprenderemos que el lugar, las creaturas, las condiciones modifican y determinan el medio universal. El hombre puede incluso comunicar sus enfermedades al agua. Los hechiceros de tiempos pasados se servían del agua para curar a los enfermos o para transformar a los hombres en animales, o para matarlos. El agua es el símbolo de todas las fuerzas cósmicas. Para comprender esto último, estudien el agua en todas las circunstancias de la vida. Descubrirán grandes misterios.

Los dos ciegos nos enseñan esto: el amor nos hará ver lo que el intelecto jamás sabrá ver. El intelecto solo ve el lado exterior. El corazón verá el lado profundo, la vida interior. He aquí por qué la multitud puede lograr comprender cosas que siempre escapan a los eruditos, para quienes la mitad del mundo permanece cerrado. Una suposición: ustedes querrían comprender lo que su Maestro tiene en la cabeza, en el espíritu. Lo siguen, lo observan, lo espían, pero haciendo así permanecen muy lejos de él. Ahora, comienzan a amarlo, entonces empiezan también a conocerlo como sabiduría, bondad, amor. En la vida nos equivocamos mientras no amamos. Sin amor no vemos los tesoros ocultos en un ser. A menudo me dicen: «¿Cómo soporta a las personas de su entorno?» – «¿Cómo? Tengo ojos, soy clarividente, no en mi intelecto, sino que en mi corazón. En esos amigos veo profetas, magos, sabios, ángeles. Veo lo que ustedes no ven. Amo a mis amigos, y gracias a ello soy clarividente.»

Esos dos ciegos que gritaban al Cristo ya lo amaban. Jesús les preguntó: «¿Qué quieren que haga?» Después, conmovido de compasión,

tocó sus ojos, y sus ojos se abrieron. ¿Por qué se conmovió Jesús? Había en la voz de los dos ciegos algo en particular que Jesús escuchó; ellos sabían gritar. ¿Cuántos otros ciegos Jesús dejó de lado? Esos dos ciegos del Evangelio gritaban por amor. Aquí está: si no gritamos al Señor por amor, con amor, nos mantendremos tal y como somos, ciegos. Venir aquí cada día, es ya una manera de gritar. Decimos todas las mañanas con amor, con fuerza, con perseverancia: «Sol mío, envíanos tu luz.» Un día el sol abrirá sus ojos y sus orejas. Llegarán a ser clarividentes y clariaudientes, pero no de la manera de los ocultistas. Su clarividencia les permitirá ver lo que está más allá de las formas aparentes y de las mentiras. Porque debemos sentir y entender las cosas por dentro y no sólo verlas del exterior. La verdadera clarividencia es a la vez comprender con el intelecto y sentir con el corazón. Cualquier otra clarividencia se limita a reflejos, a migajas. Solo aquel que comprende y que siente es verdaderamente clarividente. De lo contrario, marchan hacia la ilusión, la decepción y eso es peligroso. Algunos han perdido la vida, la paz o la felicidad porque se lanzaron a la búsqueda de una falsa clarividencia.

Jamás he afirmado que veía luces, formas, monstruos, apariciones. Así pues, todo el mundo piensa que no soy clarividente. Sin embargo, lo soy. Pero cuando me hacen la pregunta: «¿Es usted vidente?», yo respondo que no, deliberadamente, y decepciono a las personas, desde luego. Pero esos visitantes buscaban una clase de autoridad fácil y estúpida. A ustedes les revelo ahora que sentir lo es todo. Antes de trabajar con mi Maestro, yo quería desarrollar la clarividencia como todos los demás lo hacen, buscaba ver los reflejos de los mundos astral y mental, reflejos que solo pueden confundirnos. Mi Maestro me hizo abandonar las prácticas y los métodos que yo utilizaba. Me dijo: «Llegarás a ser realmente un clarividente siguiendo mis consejos y practicando mis métodos.» Y me enseñó a desarrollar la sensibilidad y la comprensión.

Toda mi vida he trabajado en comprender lo que es verídico y en sentir la belleza oculta bajo las apariencias de las cosas, en los árboles, las flores, los frutos, en las personas. Es por ello por lo que puedo decir ahora que soy el más grande clarividente que puedan imaginar. ¿Por qué? Porque comprendo y porque siento. Si trabajo con personas simples, obreros, pobres, es porque soy clarividente. Cristo también veía en los pescadores y en los humildes que fueron sus discípulos a los mártires y a los héroes futuros en los cuales se fundaría el paraíso. Se le aparecían como la base fuerte y sólida contra la que el infierno no podría hacer nada. Y no veía nada semejante en los fariseos y los saduceos, que eran los ricos y los

eruditos de la época. Esta clarividencia es la del amor. Yo he probado varias veces que poseo esta clarividencia.

He recibido a «clarividentes» que han venido a hacerme preguntas, buscando luces, y mis respuestas les han satisfecho. ¿Por qué? Porque ya sabían que su clarividencia no les servía de nada, puesto que veían cosas que no comprendían, y yo les expliqué el sentido de lo que veían. Créanme, yo puedo mostrarles los caminos que los llevarán a comprender y a sentir, por tanto, a ver mejor que todos los demás. Comprender y sentir, es lo que permite guiarse a sí mismo y a los demás en el camino de la verdad. Es lo que aprendí, y jamás vi equivocarse a mi Maestro. Él no decía que había que ver, sino comprender y sentir.

Para que se abran los ojos del corazón y los del intelecto, esos dos ciegos, es necesario que griten hacia al Señor con todas sus fuerzas. Que unan sus deseos para suplicar: «Señor, ten piedad de nosotros.» Que llamen con una voz tan fuerte, tan dulce, tan conmovedora, que Dios se detenga en su camino, se compadezca de ellos y les abra los ojos. A partir de entonces, sus hijos verán.

¿Qué significa «ver»? Desde el punto de vista científico, fisiológico, no son nuestros ojos los que ven; otra cosa, situada en el cerebro, ve por medio de los ojos. Si esta cosa es destruida, los ojos, incluso estando perfectamente intactos, ya no permiten ver. Los ojos no ven, pero dejan entrar en nuestro cerebro imágenes luminosas, que se elaboran en un lugar psíquico y mental muy elevado, y solo entonces vemos. Los ojos solo son un medio, un instrumento. La visión resulta del trabajo del corazón y del intelecto asociados. Si el corazón está muerto, si el intelecto está apagado, oscuro, los ojos no ven. Eso explica por qué a menudo no han visto los objetos o los acontecimientos sobre los que ha pasado su mirada. Una persona les dice: «Nos hemos cruzado en la calle, usted me ha mirado, pero creo que no me ha visto.» Estaban alterados, preocupados, absortos, y no han visto. Si estuviéramos constantemente inmersos en las emociones, nunca veríamos nada. Es necesario, para ver, que el corazón esté calmo, apacible, y que el intelecto esté iluminado y vigilante. Estas dos condiciones son indispensables. Un día eso será probado por los eruditos y sus aparatos. Un corazón alterado y un intelecto oscurecido les impiden ver. Provocan que el artista, por ejemplo, no pueda elegir los colores, definir las líneas, dibujar las formas. Ya no puede interpretar nada como es preciso. Eso actúa en todos los dominios. Al mecánico, si está alterado y oscurecido, se le caen sus herramientas, se golpea los dedos...

El gran secreto se encuentra en la unión del corazón y del intelecto. Allí está el comienzo, allí está el fin, el Alfa y el Omega. Siempre regresamos a este mismo asunto de los dos principios. El corazón y el intelecto son también los dos ladrones a izquierda y a derecha de Jesús en el calvario, son los dos ciegos del Evangelio. Por todas partes encontramos los dos principios, el femenino y el masculino, el negativo y el positivo, la mujer y el hombre. La Enseñanza siempre habla de los dos elementos, de los cuales el primero dilata el corazón, lo tranquiliza y abre sus ojos, de los cuales el segundo despierta, ilumina y desarrolla el intelecto. Para ver hacen falta los dos. Todo viene de la unión del corazón y del intelecto.

* * *

